

UNAMUNO Y ORTEGA Y GASSET, DIALOGO ENTRE DOS ESPAÑOLES

A Pedro Lain Entralgo, amigo y maestro.

Pueden ustedes imaginar el pasmo y el temor del exclaustro que un día sube al púlpito, invitado por la generosidad de quienes permanecieron firmes, preparándose, con la disciplina diaria, para hablar y enseñar desde el púlpito con humildad. Acaso éstos no sintieron las angustias y zozobras que obligaron al otro a exclaustrarse, pero ello no merma su natural generosidad.

Los profesionales de esa cómoda actitud que es rasgarse las vestiduras—y que por la frecuencia con que lo hacen nos obligan a pensar que son simuladores, que abren y cierran continuamente una cremallera robada en la tienda de la esquina—son los culpables de que, en el gesto del exclaustro que es invitado a subir al púlpito, quede un tanto de insolencia, cuyo reconocimiento es causa para él mismo de pasmo y de temor.

Pueden ustedes imaginar esta situación y reconocerla en la que, personalmente, estoy viviendo en este mismo momento. Personales circunstancias de mi propia vida me han hecho un exclaustro de la Universidad, no un desertor, porque mi apartamiento, más oficial que real, no se debe ni a repugnancia ni a desaliento, sino a otras sutiles razones que ni puedo ni debo desarrollar aquí. Estas piedras me han visto con frecuencia, y en la biblioteca que se abre como una invitación en el mismo claustro que este Aula Magna, he dejado y dejaré aún no pocas horas de mi vida. Pero hoy no he venido ni a consultar un libro

ni a escuchar una conferencia, sino a hablarles a ustedes, y ésta es la causa de mi pasmo y mi temor (1).

La doble generosidad de la Asociación Cultural Iberoamericana, que preside el rector, Antonio Tovar, y de la cátedra de Filosofía de esta Universidad, que desempeña Miguel Cruz Hernández, me han permitido llegar hasta ustedes en esta forma y en este lugar. Si digo que su generosidad es doble, no me refiero a que se trate de dos personas. No sólo me han brindado esta tribuna, sino que, además, dejan que sea el exclaustrado quien diga lo que con más rigor hubieran podido decir ellos. Miguel Cruz ha pronunciado unas pocas palabras, justas, acertadas, sobre Ortega; pero voluntariamente ha evitado ser extenso para que yo pueda hablarles sin producirles fatiga.

A los pocos meses de muerto don José Ortega y Gasset y en vísperas del aniversario de la muerte de Unamuno, quisiera que mis palabras tengan el valor de un homenaje conjunto. En el panorama de la cultura española va a resultar difícil todo in-

(1) Doy aquí el texto íntegro de la conferencia pronunciada el día 10 de diciembre de 1955, en el Aula Magna de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Salamanca, en el homenaje a don José Ortega y Gasset, organizado por la Asociación Cultural Iberoamericana y la cátedra de Filosofía.

Este estudio, pensado con anterioridad a la muerte de Ortega como un capítulo del libro—aún en preparación—*Unamuno en compañía*, aparece con ropaje bien distinto del que se previó para él. La conferencia es un género literario preciso, con sus normas y su lenguaje específico. He resistido a la tentación de reelaborarlo todo ahora, dejándolo tal y como fué dicho, con la simple variante de transcribir *in extenso* el capítulo VI, que, por premura del tiempo me ví en la obligación de reducir a unas pocas palabras. Todo lo demás queda como fué dicho, con la misma dolorida pasión—convertidas a veces las palabras en pufetazos ideales—, con el mismo tono polémico que, fuera de aquella fecha, parecerá acaso inoportuno.

La muerte de Ortega fué causa del medio de expresión buscado a este estudio por exigencias de actualidad. Además, en estos mismos Cuadernos, en su anterior número, se anunció la publicación del «texto íntegro» de la conferencia. Todas estas circunstancias me fuerzan a aplazar, para el libro, la reelaboración de este estudio, que no pretende ser—esto me importa subrayarlo—un catálogo de citas recíprocas de Unamuno y Ortega.

El tema está aún prácticamente inédito y mi trabajo espera ser una base insoslayable, pero siempre superable, de este aspecto de la exégesis unamunésca y orteguiana. El libro editado en Méjico hace unos años, *Unamuno y Ortega y Gasset. Estudio valorativo*, del que es autor el doctor don Agustín Basave Jr., prologado por don José Vasconcelos, es una obrita absurda, de no muy buena fe—práctica el método de desnudar a un santo para vestir a otro—y es buena prueba de que su autor no se ha enterado de lo que representan y son ambos pensadores españoles. Julián Marias, conocedor exhaustivo de Unamuno y de Ortega, a los que ha estudiado en repetidas ocasiones, apenas si ha abordado el tema de su relación, aunque sus estudios sobre don Miguel estén realizados desde los supuestos de la filosofía de la *razón vital*. De todos modos, ignoro si en el curso que dictó en la Universidad de Harvard, en 1951, sobre Unamuno y Ortega, abordó separadamente su estudio, o lo hizo ya con esta intención de exponer el diálogo que ambos desarrollaron. Si ha sido así, presumiblemente, mi esfuerzo será un poco el de un descubridor de mediterráneos.

tento de aislar al uno del otro. Dentro de estos muros universitarios, más difícil aún, porque fué al amparo de la Universidad salmantina donde en la primavera de 1898 se encontraron un catedrático de Griego que hablaba de *intrahistoria* y *regeneración de España* y un rapaz de quince años, hijo del periodista Ortega y Munilla, que vino de Deusto a Salamanca para iniciar su carrera universitaria—que continuaría en Madrid—, sometándose a examen por un tribunal que presidió Unamuno.

1. LA REBELDIA DEL JOVEN ORTEGA

En 1902 ha terminado su carrera de Filosofía en la Universidad madrileña José Ortega y Gasset. Publica entonces en *Vida nueva*—una revista en la que colaboraron los hombres de la generación del 98—un artículo titulado «Glosas», su primer artículo, el que hoy inicia sus *Obras Completas*. Ha nacido un escritor que no es novelista, ni poeta, que aparece en esta hora primera como ensayista, lo que en otro tiempo se llamó equivocadamente *escritor de ideas* (¡como si fuera posible cualquier especie de escritor sin ideas!), lo que en Alemania recibe el nombre de *crítico de cultura*. Después se le iría concediendo el nombre y la categoría de *pensador*, que obliga a menos que el de *filósofo*, título que aun hoy se le sigue escamoteando. Del filósofo que no dice las vaciedades que nosotros querriamos, que no tiene en cuenta a Jaime Balmes ni encadena sus ideas con silogismos, es cómodo afirmar que no lo es, principalmente, porque no se tiene ni idea de qué pueda ser eso de filosofar. Y así, de Ortega se dice que no es filósofo, pero sí escritor, porque las leyes de discrepancia exigen negar la autenticidad de su estilo de vida. De ahí que quienes no se han podido meter en su vida privada, para así rebajarla, han tenido la desvergüenza de introducirse en su vida espiritual, fiscalizando sus posibilidades para vivir la vida eterna. Pero esto es mejor dejarlo, porque indigna al más indiferente y sereno con sólo que sea, intelectualmente, honrado.

«*Almas de jóvenes*»

Al primer artículo sigue un silencio de dos años, y cuando Ortega vuelve a la palestra de la actividad literaria en público, recibe el espaldarazo de Unamuno, quien, en mayo de 1904, saca a la luz un diálogo epistolar mantenido entre los dos, hablando de igual a igual, en un ensayo titulado *Almas de jóvenes*, en el que también don Miguel saluda a otro joven: Antonio Machado. No era mal catador el rector de Salamanca. Ortega, entonces, como decía en sus cartas, tenía «un verdadero lío en la cabeza: la consabida sopa de letras hirviendo» (2); pero, pese a estas palabras, hay ya suficiente claridad en su mente y sabe que aquella carta tiene el valor de una confesión. «Esto es una carta a usted—dice—que tiene ciertos hábitos y gustos de confesor, y no es un artículo» (3).

A partir de entonces será Ortega quien se ocupe del autor de la *Vida de Don Quijote y Sancho*, reconociendo su magisterio con una clara actitud discrepante. Jamás—y no me cansaré de repetirlo—podrá ser fecunda la actitud del discípulo que no sale respondón, que no emplea al maestro como estímulo en vez de someterse a la secuacidad beata y alicorta del *magister dixit* y nadie lo toque. Y así, Ortega, en 1907, anuncia en las columnas de *El Imparcial* «unas disputas» que prepara «contra la desviación *africanista* inaugurada por nuestro maestro y morabito don Miguel de Unamuno» (4). Un año después, intentará «una apología prudente de la acción política que con tanto nervio y firmeza va ejerciendo sobre la muerta nación el rector de Salamanca. Ni podía hacer yo otra cosa—sigue—cuando las ideas políticas de Unamuno son exactamente las mismas que trato de defender con la ruin lancilla de mi pluma». Y continúa: «Sin embargo, algunas personas han querido ver en aquellos párrafos no sé qué invectiva contra el gran publicista que pretendían honrar y aplaudir. Tenemos el ánimo hecho a las admiraciones

(2) Cít. por M. de U. en «*Almas de jóvenes*», *Ensayos*, I, pág. 538. Cito por la 3.ª edición de Aguilar.

(3) *Ibíd.*, pág. 540.

(4) J. O. y G., «Sobre los estudios clásicos», *Obras completas*, I (1.ª ed.), página 64.

integrales y, exentos de hábitos críticos, toda continencia en el loor nos parece censura general» (5).

Un nuevo señor de la cultura

Tales palabras son, ante todo, los primeros esfuerzos que el joven Ortega hace para liberarse de la atracción de vértigo que sobre él, como sobre todos los jóvenes, ha ejercido y ejerce Unamuno. Es un forcejeo, una lucha por romper los muros que aprisionan los horizontes intelectuales del joven que sabe llegado el momento de construir su propio castillo, cuyo perfil de individualidad tiene que destacarse, cara al cielo, acusadamente, para indicar, a los que tienen ojos y ven, que la inteligencia ha montado una nueva atalaya, desde la cual se intentará la explicación de todas las perspectivas con que allí cuenta el nuevo señor de la cultura, que inicia la conquista de un mundo sólo adivinado y desconocido incluso para él mismo.

«Unamuno, el político, el campeador—dirá Ortega—, me parece uno de los últimos baluartes de las esperanzas españolas... Y aunque no esté conforme con su método, soy el primero en admirar el atractivo extraño de su figura, silueta descompasada de místico energúmeno, que se lanza sobre el fondo siniestro y estéril del achabacamamiento peninsular, martilleando con el tronco de encina de su yo sobre las testas celtiberas...» «El espíritu de Unamuno—añade más adelante—es demasiado turbulento y arrastra en su corriente vertiginosa, junto a algunas sustancias de oro, muchas cosas inútiles y malsanas. Conviene que tengamos fauces discretas» (6).

Después insistirá sobre el energumenismo, el sincerismo practicado por don Miguel, en un ensayo sobre Renán que recogió en *Personas, obras, cosas*. Pero no tardó en ocurrir algo más fuerte y doloroso, que casi no puede llamarse polémica, que tiene mucho de exabrupto, de sollozo y de puñalada trapera. Es el artículo—*Unamuno y Europa, fábula*—que apareció en *El Imparcial* de 27 de septiembre de 1909.

(5) J. O. y G., «Sobre una apología de la inexactitud», O. C., I, pág. 117.

(6) *Ibid.*, pág. 118.

2. POLEMICA CON EUROPA AL FONDO

Desde que en 1609 escribe Quevedo, sugestionado por las *Lamentaciones* de Jeremías, con tono jeremiaco también, su *España defendida*, vive la intelectualidad española a la defensiva. No es casual que Juan Pablo Forner componga una *Oración apologética por la España y su mérito literario*, ni que ya en nuestro tiempo Ramiro de Maeztu escriba una *Defensa de la Hispanidad*. Es orientador el título de estos libros y otros muchos como ellos, pero es que los que no son de esta clase representan igual afán defensivo frente a Europa. Y el que se defiende no ataca, no se impone, no podrá reclamar nunca la parte del león.

Las más felices soluciones que se encontraron, se reducían siempre a la estúpida fórmula del avestruicismo. El español se encerraba en su casa a contemplar los sucios retratos de los antepasados, y si llegaba algún ruido del exterior, procuraba no oírlo, porque eso era nocivo, perjudicial y olía a azufre por venir del otro lado de los Pirineos.

Africanistas y europeístas

La polémica en tomo a Europa que abrió la generación del 98 y siguió la generación de Ortega está fundamentada en juegos de palabras, en anfibologías y equívocos. En el fondo estaban todos de acuerdo, pero la herencia atávica del discutir por discutir, tan propia de los españoles, les llevó a no entenderse cuando lo que hacían era lo mismo. ¿Qué diferencia hay entre el africanismo de Unamuno y el europeísmo de Ortega? Don Miguel no es un hombre que se cierre, ciertamente, y a éste no cerrarse de Unamuno debe España el haberse librado del *descubrimiento* del existencialismo, porque a Kierkegaard se lo sabían los españoles cuando Sartre andaba por el abecedario. Y Ortega, que luchó siempre contra las beaterías, evitó cuidadosamente la de Europa. Cuando en 1930 reúne un editor sus *Obras Completas* puede decir: «toda mi obra y toda mi vida han sido servicio a España» (7) y confesar su convicción radical de que el espíritu

(7) J. O. y G., «Prólogo a una edición de sus obras», O. C., VI (2.ª ed.), página 351.

español está salvado», para afirmar después que la insuficiencia intelectual que reina entonces en España no proviene de nuestra propia sustancia; «esta vez—escribe—la causa está fuera, en Europa», y anuncia cuál va a ser su labor futura: «Ahora el problema está más allá de nuestras fronteras y es preciso trasladar allí nuestro esfuerzo» (8). La *españolización* de Europa pedida por Unamuno es tarea a la que se lanza Ortega hasta el momento de su muerte. Del resultado victorioso de tal empresa nos habla el alemán Ernest Robert Curtius, cuando dice: «Que el entusiasmo del filosofar vivo nos haya sido devuelto a nosotros [los alemanes] por un español, fué una de las sorpresas en que tan rico fué el decenio de 1920...» (9).

Muchas veces insistió el autor de *El espectador* en que él, lo que pretendía y ambicionaba era «la interpretación española de Europa». Siempre que en sus escritos aparece este nombre pretende embutir en su grafía conceptual algo más que el trio Inglaterra-Francia-Alemania, quiere mostrar una meta española libre de toda clase de mimetismos y beaterías: «No importa—decía en *Misión de la Universidad*—que lleguemos a las mismas conclusiones y formas que otros países; lo importante es que lleguemos a ellas por nuestro pie, tras personal combate con la cuestión sustantiva misma» (10).

Esto que hoy empieza a ser claro para nosotros, no lo era en 1909 para los hombres mejores de aquella fecha. El momento más duro de la polémica lo marca el artículo de Ortega y Gasset y, acaso, repito, no se pueda hablar en rigor de polémica cuando veamos en qué forma se desarrolló el incidente.

Una carta para «Azorín»

Azorín sintió la necesidad de defender a España cuando Haekel, Maeterlink, Anatole France y otros escritores, casi todos franceses, se unen ante Europa para protestar de la barbarie española. *Azorín* publica un artículo en *ABC* el 12 de septiembre de 1909, cuyo título—*Colección de farsantes*—habla expre-

(8) *Ibid.*, pág. 354.

(9) Cit. por JULIÁN MARIAS en *Ortega y tres antipodas*, pág. 105.

(10) J. O. y G., «Misión de la Universidad», *O. C.*, III (3.ª ed.), pág. 315.

sivamente del tono y los términos del escrito. Don Miguel está en Bilbao, lee el artículo de *Azorín*, toma la pluma y le escribe una carta privada que, a pesar de ello, se publica en el *A B C* del día 15 de aquel mismo mes. Este es el primer disgusto gordo que dan a Unamuno por publicar una carta suya; el segundo le costó el destierro.

«Mi querido amigo—dice Unamuno—: vuelvo a tomar la pluma para escribirle, y esta vez con felicitación. Acabo de leer *Colección de farsantes*. ¡Bien, muy bien, muy bien! Hora es de reaccionar. Son muchos aquí los papanatas que están bajo la fascinación de esos *européos*. Hora es ya de decir que en no pocas cosas valemos tanto como ellos y aún más.» Más adelante soltará el *slogan* que aún sirvió para una reciente polémica: «Dicen que no tenemos espíritu científico. ¡Si tenemos otro!... Inventen ellos, y lo sabremos luego y lo aplicaremos. Acaso esto es más señor.» Y añadirá: «Si fuera imposible que un pueblo dé a Descartes y a San Juan de la Cruz, yo me quedaría con éste» (11).

Intervención de Ortega

Ortega se ha sentido aludido, primero por *Azorín*, cuando en su artículo escribió el levantino: «No necesitamos para nada, ni lo queremos, el fingido gesto humanitario—desden e ignorancia—con que un olímpico escritor, maravilloso y sutil, pretende redimirnos»; después, por Unamuno, y así se produce la explosión, pero sólo contra el vasco. «Yo soy plenamente, íntegramente, uno de esos papanatas: apenas si he escrito, desde que escribo para el público, una sola cuartilla en que no aparezca, con agresividad simbólica, la palabra Europa. En esta palabra comienzan y acaban para mí todos los dolores de España» (12). Así se expresa Ortega, a quien han dolido más las palabras de Unamuno que las de *Azorín*. Y le duelen, porque de haber sido escritas por otro hombre las habría dejado pasar sin respuesta. Llega al insulto, y ello por un poderoso motivo: «Puedo afirmar—escribe—que en esta ocasión don Miguel de Unamuno, energúmeno espa-

(11) Cito la carta de M. de U. por el texto que publica Dionisio Gamallo Fierros en el artículo «Maeztu y su generación» en *Correo Literario*, núm. 62. Madrid, 15-XII-1952.

(12) J. O. y G., «Unamuno y Europa, fábula», *O. C.*, I, pág. 129.

ñol, ha faltado a la verdad. Y no es la primera vez que hemos pensado si el matiz rojo y encendido de las torres salmantinas les vendrá de que las piedras venerables aquellas se ruborizan oyendo lo que Unamuno dice cuando a la tarde pasea por ellas.» «Y, sin embargo—concluye casi con un sollozo—, un gran dolor nos sobrecoge ante los yerros de tan fuerte máquina espiritual, una melancolía honda... ¡Dios, qué buen vasalo si oviese buen Señor!» (13).

¡Que inventen ellos!

Unamuno no replicó de momento y encajó el golpe, como el que casi seguidamente le arrojó Ramiro de Maeztu. Cuando redacta su libro *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*, sangra por la herida, aludiendo al incidente y a las objeciones de Ortega, en forma tan clara y abundante que no puedo por menos de asombrarme, porque no hayan sido señaladas nunca.

En el epílogo de este libro unamunescos, fechado en la primavera de 1912 y que fué publicado en *La España Moderna*, como todos los capítulos anteriores, sorprende la pretensión de Unamuno por hacer precisiones en torno a la cuestión. «No ha mucho—dice—hubo quien hizo como que se escandalizaba de que, respondiendo yo a los que nos reprochaban a los españoles nuestra incapacidad científica dijese, después de hacer observar que la luz eléctrica luce aquí, y corre aquí la locomotora tan bien como donde se inventaron, y nos servimos de los logaritmos tan bien como en el país donde fueron ideados, aquello de «¡Que inventen ellos!» Expresión paradójica a que no renuncio» (14).

En realidad, el epílogo de este libro no es más que el desarrollo de la carta que escribió a *Azorín*. «Mas al decir «¡Que inventen ellos!», no quise decir que hayamos de contentarnos con un papel pasivo, no. Ellos, a la ciencia de que nos aprovecharemos; nosotros, a lo nuestro. No basta defenderse. Hay que atacar.»

La polémica del europeísmo fué, sobre todo, el diálogo de dos

(13) *Ibid.*, pág. 132.

(14) M. DE U., *Del Sentimiento Trágico de la Vida, Obras completas*, IV, pág. 701.

generaciones, y estuvo plagado de rectificaciones, correcciones de detalle más bien, de continuos: «yo quería decir...», porque todos estaban acordes en la necesidad de que el viento de la cultura soplara ya, sin interrupciones, por nuestra patria y pudiera llevar a las demás naciones algún aroma como presencia de España en la cultura moderna.

3. ORTEGA, DISCIPULO DE UNAMUNO

Sin embargo, Unamuno, ante el pensamiento de Ortega, significa algo más que un motivo de discordia: es el primer hito de una tradición filosófica española, que se había interrumpido hacia siglos, y en la que la obra de Balmes y los krausistas representa el intento fracasado por resucitarla. Julián Marías ha estudiado hace poco, en un ensayo titulado *Realidad y ser en la filosofía española*, las líneas fundamentales de «filiación intelectual» del más temprano Unamuno—1904—con Ortega y su continuación en Zubiri, en torno al problema del *ser* y de *realidad*. No vamos a examinar ahora ese aspecto, magníficamente estudiado por Marías, sino otros que juzgamos igualmente interesantes (15).

«La tragedia histórica del pensamiento humano—escribe Unamuno—no es sino la de una lucha entre la razón y la vida, aquélla empeñada en racionalizar a ésta haciéndola que se resigne a lo inevitable, a la normalidad; y ésta, la vida, empeñada en vitalizar a la razón, obligándola a que sirva de apoyo a sus anhelos vitales. Y esta es la historia de la filosofía, inseparable de la historia de la religión» (16). El giro copernicano que para

(15) «Si se ponen juntos—dice Marías—*Del Sentimiento Trágico de la vida*, escrito en 1912, y las *Meditaciones del Quijote*, de 1914, ¡qué drama humano e intelectual surge de su contacto! Una meditación suficiente de la conexión entre esos dos libros egregios, esclarecería de un sólo golpe secretos profundos de la vida española y resortes muy escondidos de nuestra época. Probablemente fué el genial libro de Unamuno el que obligó a Ortega a iniciar *ya* su filosofía personal. Cuando éste (Unamuno) acaba de oponer—con más agudeza y energía que nadie, hay que decirlo—la razón a la vida, Ortega no puede esperar más para *llegar* a su descubrimiento de la *razón vital*, provocado, alumbrado por la exasperante iluminación de las chispas que Unamuno arrancaba, a golpes, al pedernal de su mente celtibérica.» *Insula*, núm. 118. Madrid.

(16) M. DE U., *Sent. Trág.*, O. C., IV, pág. 552. Eugenio Imaz, en el prólogo a su monumental traducción de las obras de W. Dilthey, en el tomo I, *Introducción a las ciencias del espíritu*, señala interesantes incidencias—hablar de coincidencias sería excesivo—entre el filósofo alemán y el pensador vasco. «La

la filosofía pide en 1912 Unamuno, se anuncia dos años después en las *Meditaciones del Quijote* de Ortega, y adquiere su plenitud cuando en *El tema de nuestro tiempo* se estructura ya la teoría de la *razón vital*.

La vida como proyecto

Otra muestra podría ser ésta, también del *Sentimiento trágico*: «Me dicen que he venido a realizar no sé qué fin social; pero yo siento que yo, lo mismo que cada uno de mis hermanos, *he venido a realizarme, a vivir*» (17). Recuérdese la afirmación orteguiana, tan reiterada y fundamental en su pensamiento de que la vida nos es dada, pero no nos es dada hecha, sino vacía, y somos nosotros quienes tenemos que hacérmola viviendo, llenándola. ¿No es éste el mismo sentido de la afirmación de Unamuno? Aún más: recuérdese la afirmación hecha en *Pidiendo un Goethe desde dentro*, cuando leemos: «Vivir es ser fuera de sí, *realizarse*» (18). Sin embargo, el más distraído apreciará una leve diferencia: *realizarme* no es lo mismo que *realizarse*, y no se piense que Unamuno habla en primera persona y el otro, no. Lo primero nos presenta el yo, centrífugo, que ejerce su influencia sobre las circunstancias; en el segundo caso, la fuerza centrípeta de las circunstancias gravita con todo su poder sobre el yo. Esta diferencia es el paso hacia adelante que representa Ortega y que no destruye, ratifica, la filiación entre ambas afirmaciones, porque una y otra entienden la vida como *realidad*. «Tenemos, queramos o no—seguirá Ortega en este ensayo de 1932—*que realizar nuestro «personaje», nuestra vocación, nuestro programa vital, nuestra entelequia*» (19). Sólo el «fuera de

biótica y la *metrantópica* de Unamuno—escribe—no son, ni con mucho, la filosofía de la vida de Dilthey ni su antropología descriptiva, aunque sí una filosofía de la vida y del hombre.» Señalo esto porque Ortega reconoció su deuda con el alemán, encontrado tardíamente, a quien es casi seguro que Unamuno no conoció, pero ello es buena prueba de cómo se encontraban los tres insitos en un mismo sistema de filiación intelectual y de cómo en los dos españoles alientan problemas semejantes a los que bullen en las mejores mentes europeas.

(17) M. DE U., *Sent. Trág.*, O. C., IV, pág. 469.

(18) J. O. Y G., *Goethe desde dentro*, O. C. (2.ª ed.), IV, pág. 400.

(19) *Ibid.*, pág. 415. Sobre el concepto de *realidad* en Unamuno, puede leerse el estupendo trabajo de FERRATER MORA, aparecido en *Papeles de Son Armadans* (núm. 6, Palma de Mallorca, septiembre, 1956), que llega a mi poder cuando corrijo estas pruebas y he entregado a la imprenta otro trabajo mío, *El primer asedio de Unamuno al «Quijote»*, en que se aborda—en términos muy parecidos—este problema.

sí» del primer texto nos pone en la verdadera pista, no en el sentido de enajenación, sino en el de que las circunstancias me empujan hacia el vacío que es mi vida que comienza, para llenarla, y entonces mi vivir será un progresivo ensimismarme; no comienza desde mí mismo, sino desde fuera, y la meta, el fin de este drama es el llegar a ser yo mismo, esto es, mi yo auténtico que, como el agua en la vasija llena, ha cobrado la forma de lo que fué mi proyecto de vida y ya está cumplido.

Para no cansar, recordaré sólo otras dos facetas que habrían de tenerse en cuenta el día en que alguien emprenda con rigor la Historia de la Filosofía española contemporánea, de la que Unamuno es el Sócrates (mi amigo Miguel Cruz ha escrito agudas páginas sobre la misión socrática de don Miguel) y Ortega, el Platón de la nueva tradición filosófica, que se continúa, por fortuna, en Zubiri. Si se quiere, dígase que a este último le corresponde ser nuestro Aristóteles. Medítese en ello, porque es algo más que una frase: se trata de una sospecha y un aviso para el futuro, ante el que hemos de tomar nuestras precauciones.

Novela y drama, dos metáforas

La gran metáfora de la filosofía de Ortega está encerrada en este enunciado: *la vida como drama*. Pues bien: *la vida como novela* fué afirmación hecha por Unamuno, y su utilización de la novela (*novela* o *novela*, la llamó) como método de conocimiento, no tiene otra finalidad y resultado que el uso de la *razón narrativa*, que en Ortega aparece con este nombre—Unamuno no se lo dió nunca, claro está, aunque la utilizara—y con el de *razón histórica* como facetas de la *razón vital*. Y hasta en ocasiones, aparece vista la vida como drama. «A la conceptualización materialista de la vida, a la de Marx—escribió Unamuno en *Ahora*, Madrid, 19-IV-1935—, nuestro uno opone la *conceptualización histórica, esto es, teatral de la vida*» (20). Tengamos presente que el texto es de 1935. Sospechemos ahora, ya lo veremos confirmado más tarde, que si Ortega fué discípulo de Unamuno, don Miguel lo fué también del meditador de El Escorial.

(20) M. DE U., «Nuevas contemplaciones», en *De esto y de aquello*, IV, página 287.

La última nota que quiero dejar señalada aquí es la que quedó aludida antes en torno al *ensimismamiento*. En los *Tres ensayos* de 1900 reúne Unamuno los escritos *¡Adentro!*, *La ideocracia* y *La fe*. Lo que en el primero se anuncia, un deseo de interioridad, cobra cuerpo años más tarde con el artículo titulado *¡Ensimismate!*, que apareció en *Los Lunes de El Imparcial* de 1-III-1914. La reunión de estos tres ensayos es significativa, porque nos hablan del hombre, las ideas y las creencias. Los tres temas con que se abre la meditación orteguiana sobre *El hombre y la gente*, de la que sólo conocemos su introducción (*Ensimismamiento y alteración*) y su primer capítulo en la redacción más primitiva (*Ideas y creencias*). Cuando Ortega escribe su conferencia de 1931, *En el centenario de Hegel*, usa las expresiones «hacia dentro» y «hacia fuera» como primeros pasos en pos de una terminología definitiva. Un año después, en *Goethe, el libertador*, habla de un «dentro» y un «fuera», hasta que al fin logró la más completa precisión sobre los términos «ensimismamiento» y «alteración», a los que llegaría más tarde, señalando que el hombre es el único capaz de ensimismarse, mientras que el animal vive en perpetua tensión hacia fuera, alterado. Examinar aquí el valor de las ideas y las creencias en uno y otro sería prolijo; baste el anuncio de que muy poco de común encontraríamos. Para esta ocasión es suficiente recordar que el grito unamunescos de «¡Adentro!», «¡Ensimismate!», es grito del que gustará Ortega, en tono más sereno, cuando repite con frecuencia: «Sed hombres, ensimismaos.»

4. DISCUSION EN EL CAFE NOVELTY

El año de 1914 representa una fecha crucial en el diálogo entre los dos egregios españoles; en él se produce un largo alejamiento personal—ocasionado por la política—, no tan absoluto como se cree, según iremos viendo. En marzo de este año fundó don José un partido, la Liga de Educación Política Española, pronunciando un discurso—*Vieja y nueva política*—en el teatro de la Comedia, de Madrid. Algo antes vino a Salamanca y se entrevistó con Unamuno en el Café Novelty.

La Liga de Educación Política

Los contertulios de don Miguel asistieron, no sin asombro, a la escena. El filósofo madrileño hablaba y hablaba, sin que el vasco le interrumpiese. Cuando terminó de exponer los propósitos de la Liga de Educación Política Española y manifestó su deseo de que don Miguel, con su prestigio y autoridad, apoyase el movimiento, Unamuno rompió al fin el silencio en que había permanecido contra su costumbre. «De modo, Ortega—le dijo—, que usted será el padre del partido y a mí me corresponde el papel de espíritu santo. ¡Pues no, yo soy el padre, el hijo y el espíritu santo de mi propio partido! Si alguien se alista en él, me doy de baja.»

Para la mayoría de los españoles aparece clara la ruptura en este momento, y no es así. En el verano de aquel mismo año, la Residencia de Estudiantes, que había editado siete volúmenes de Ensayos unamunescos, publica el primer libro de Ortega, las *Meditaciones del Quijote*. Recuerdo mi emoción, siendo estudiante de bachiller, cuando lei por vez primera este escrito orteguiano, en el ejemplar que perteneció a Unamuno y en cuya dedicatoria el autor le llamaba, una vez más, maestro. La ruptura no había sido, pues, completa. En esta ocasión es Ortega quien tiene un gesto de generosidad intelectual, situándose por encima de las diferencias personales. No hubo reconciliación entonces, pero sería más tarde Unamuno quien diera los pasos decisivos para ello.

Cervantismo y quijotismo

No es desdeñable tampoco la circunstancia de que Ortega adopte el mismo punto de partida para su navegación filosófica que don Miguel: la obra de Cervantes. No basta afirmar que se trata de nuestro Libro Nacional. Hay una diferencia, sin embargo, que es buscada deliberadamente por el meditador de El Escorial, quien parte de la pregunta sobre la realidad y hace cervantismo, frente a la pregunta sobre el mito del rector de Salamanca, que hace quijotismo. Pero todo esto puede quedar explicado en la pregunta que me hice con ocasión de iniciar

hace pocos años mi modesta navegación—fluvial, si se quiere, para no ser tachado de soberbio—, que también tuvo su puerto de salida en nuestro libro, enarbolando en mi cascarón de nuez la doble bandera del cervantismo y el quijotismo. La respuesta es bastante compleja y, por ello, permítaseme dejar abierto sólo el interrogante, con la promesa de cerrarlo en ocasión más oportuna (21).

En las *Meditaciones* está presente don Miguel. Se olvida con frecuencia que fué Unamuno quien hizo la versión a lo divino del *Quijote*. Pues bien: Ortega, en la introducción reconoce que «con un poco de amor y otro poco de modestia—sin ambas cosas, no—podría componerse una parodia sutil de los *Nombres de Cristo*, aquel libro de simbolización románica que fué urdiendo fray Luis con teológica voluptuosidad en el huerto de la Flecha. Podrían escribirse—sigue—unos *Nombres de Don Quijote*. Porque, en cierto modo, es Don Quijote la parodia triste de un cristo más divino y sereno; es él un cristo gótico, macerado en angustias modernas; un cristo ridículo de nuestro barrio, creado por una imaginación dolorida que perdió su inocencia y su voluntad y anda buscando otras nuevas» (22).

Pero más directamente aparece don Miguel, unido al otro vasco Ramiro de Maeztu, en unas palabras de réplica: «los errores a que ha llevado considerar aisladamente [de Cervantes] a Don Quijote, son verdaderamente grotescos. Unos [Maeztu], con encantadora previsión, nos proponen que no seamos Quijotes, y otros [Unamuno], según la moda más reciente, nos invitan a una existencia absurda, llena de ademanes congestionados» (23). Y se añaden algunas puntadas como ésta: «Yo no comprendo—escribe Ortega—cómo un español, maestro de Griego, ha podido decir que facilita la inteligencia de *La Iliada* imaginar la lucha entre los mozos de dos pueblos castellanos por el dominio de una garrida aldeana» (24).

(21) Si el lector siente mucha curiosidad por este problema hallará algunas aclaraciones en mis trabajos «Cervantismo y Quijotismo» (en *Anales Cervantinos*, del C. S. I. C., III, 1958); «Ética y Estética en Cervantes» (en *Revista de Ideas Estéticas*, núm. 52, 1955), y *Notas a un cervantista* (Salamanca, 1954).

(22) J. O. y G., *Meditaciones del Quijote*, O. C., I, pág. 326.

(23) *Ibid.*, pág. 326.

(24) *Ibid.*, pág. 374.

Una rectificación

Sin embargo, hay más: la presencia de Unamuno en este libro, su gravitación, es algo más que anecdótica y algo más que simplemente sugestiva o estimulante: tiene también aquí un influjo correctivo. Trataré de explicarme: el prólogo de las *Meditaciones del Quijote* está fechado en julio de 1914, pero el contenido de la *meditación preliminar* y *primera* que forman el libro es refundición de artículos escritos por su autor en 1913.

Don Miguel, desde la revista londinense *Hispania*, mostró su clara discrepancia con un artículo de Ortega aparecido en *La Prensa*, de Buenos Aires, que no figura en las *Obras Completas* y del que sólo conocemos los fragmentos que cita Unamuno en su artículo sobre *La supuesta anormalidad española*, fragmentos que—y esto es lo curioso—aparecen incorporados al acervo de las *Meditaciones*, no sólo corregidos: rectificadas.

Allí ha escrito Ortega que «Don Quijote es un héroe poco inteligente... En su espíritu sólo habrá algún que otro montón de pensamientos rodados como los cantos marinos.» («Más bien fluviales—comenta Unamuno—, porque los cantos rodados se encuentran en los ríos más que en el mar.») «La prueba está—sigue Ortega—en que su autor no tuvo nada que ver con la Inquisición. Fué un hombre de corazón: ésta era su única realidad, y en torno a ella suscitó un mundo de fantasmas inhábiles.» Y sigue: «Fué un hombre sin ideal, porque tan burlesco aún como el suyo no merece que se le llame ideal...» Y más adelante: «Hay quien prefiere a Alonso Quijano el Bueno; otros, a Don Quijote. Yo hubiera querido mejor que otra cosa un Alonso Quijano el Sabio.»

Don Miguel protesta: «No quiero a Alonso Quijano hinchado de ciencia vana que hincha y no conforta, como el apóstol dijo. Y si el pueblo español es, como dicen los que tienen la filosófica audacia de afirmar, el pueblo más anormal de Europa—lo que supone un perfecto desconocimiento de los pueblos todos de Europa, y además del español—, quiero para él un Alonso Quijano anormal también, pero sin antiparras, que mire a ojos desnudos a sus hermanos, a los que le rodean, y se vea en ellos, y que, sin

necesidad de estudiar matemáticas, se meta a castigar a Juan Haldudo, y a libertar a los galeotes, y a dar que reír a los idealistas» (25).

Lo que me interesa señalar aquí es cómo las palabras un poco apresuradas de Ortega que provocan la réplica de Unamuno, quedan rectificadas en su libro. Mostrarlo ahora en detalle nos obligaría a dilatar este trabajo. Léanse las *Meditaciones* y se apreciará fácilmente, y ténganse presentes las palabras sobre Don Quijote antes transcritas, y el hecho de que, si en este artículo es Ortega en mayor medida un anticervantista—casi como Unamuno, esto es lo paradójico—, el libro orteguiano supone una absoluta rectificación en este sentido.

«El hermano enemigo»

El rector leyó este libro. Tres años después daría el primer paso, con una generosidad y una humildad—no retiro la palabra—verdaderamente ejemplares, acercándose a Ortega. Por entonces, fué destituido el escritor vasco como rector de la Universidad de Salamanca. A partir de aquel momento, el rectorado universitario cobró en España una significación política que aún hoy conserva. Entre los actos de desagravio que se organizaron en Madrid, figura un banquete al que se sumó Ortega, y en el que, refiriéndose a don Miguel, le llamó «el hermano enemigo». ¡Qué entrañable y qué unamunesca es esta expresión paradójica dicha por Ortega!

5. ORTEGA, MAESTRO DE DON MIGUEL

En 1917 había publicado José Ortega y Gasset cuatro libros: las *Meditaciones*, *Personas*, *obras*, *cosas*, que recoge artículos anteriores a 1914, y los primeros tomos de *El Espectador*; a más del folleto *Vieja y nueva política*. Esto quiere decir que la casi totalidad de los españoles que leían, resbalaban—en realidad empezaban a resbalar—por sobre las metáforas de sus escritos, porque aún faltaban aspectos capitales de su pensamiento que se estructuran posteriormente y arrojan luz sobre la obra primera.

Dejemos de una vez la idea de que Ortega es un escritor

(25) M. DE U., *De esto...*, III, pág. 531.

fácil y claro. El pretende serlo, porque creía que «la claridad es la cortesía del filósofo», pero en repetidas ocasiones tuvo que confesar el convencimiento de no haber sido entendido. Su obra tiene el hermetismo propio de todo mensaje filosófico, producido por la lucha con la expresión, con las palabras viejas que denominan a nuevas ideas, con la dificultad angustiosa de poner nombres a las nuevas cotas conquistadas.

Pues bien; en ninguna parte veo que se recuerde que fué Unamuno el primer español que entendió a Ortega, que no hizo crítica literaria sobre él, sino exégesis filosófica, en la temprana fecha de 1917.

El 11 de junio de este año publicó Ortega un artículo en *El Imparcial* que llevaba por título *Bajo el arco en ruina*. (No está en la edición de sus *Obras Completas*, pero puede leerse en el libro *La redención de las provincias y la decencia nacional*.) Este artículo comentaba la rebelión de las Juntas de Defensa del Arma de Infantería en Barcelona, y provocó numerosas disputas que trajeron como resultado la fundación del periódico *El Sol*. Don Miguel no se dejó llevar por la anécdota política como hicieron todos, y arañó, según su costumbre, buscando el meollo. Esta excursión de Unamuno por un escrito de Ortega fué publicada en la revista *Nuevo Mundo* el 30 de noviembre de aquel año; va dedicado «a nuestro buen amigo José Ortega y Gasset» y tiene el título sugeridor de *Vida e historia*.

«El maestro Ortega...»

A mi padre, que fué contertulio de don Miguel, le he oído hablar del estupor que se produjo en la sentina del Café Novelty al oír de labios de Unamuno, con toda naturalidad, palabras como éstas: «El maestro Ortega dice hoy en *El Sol*...» Dado el feroz individualismo de Unamuno y su firme egolatría, se justifica nuestra sorpresa ante estas palabras. En 1917 ha escrito don Miguel de Unamuno sus libros fundamentales; está traducido ya a varios idiomas; su magisterio sobre la juventud es notorio, y Ortega, entonces, se está haciendo: no ha publicado aún sus libros capitales. Pero Unamuno no duda en escribir las mismas palabras que ha pronunciado en la tertulia: «nuestro

buen amigo y maestro José Ortega y Gasset» (26). Una afirmación de este tipo es algo insólito en el escritor vasco, que a Kierkegaard lo ha llamado hermano muchas veces, pero ninguna maestro. Sólo a Ortega reconoció Unamuno el magisterio. Es éste un gesto que merece meditación.

Después, quizá ya entonces, mucha gente ha llamado maestro a Ortega. No olvidemos, sin embargo, que en el vasco rector no pudo ser un gesto de beatería, ni de concordia siquiera, sino que había nacido por algo más simple y difícil a la vez: por vía de comprensión intelectual.

Es confortador el comprobar que, aunque se repita con inexorable monotonía el hecho de que el hombre—incomunicado desde su vida—usufructúe una radical ignorancia sobre el valor y el sentido de la existencia del prójimo, que no lo vea sino cuando este hombre—extraño a él—se ha convertido en Historia; de cuando en cuando, las más fuertes individualidades se reconocen entre sí pese a sus luchas; acaso sólo luchan, precisamente, por reconocerse el uno digno del otro en el singular combate de la inteligencia.

Vida e Historia

«El hombre es espíritu—escribe Unamuno—; *lo humano es lo espiritual, y la vida del espíritu es la Historia. Y todo lo demás, lo natural no es más que la base, el lugar más bien, el «dónde» de lo histórico.»* Y más adelante dice: «No creemos que nuestro buen amigo dé a eso de *vital* el sentimiento que le daba Fausto después de su remozamiento gracias a las artes mefistofélicas. *Sabe nuestro buen amigo de sobra que es, ante todo, vida espiritual, es decir, humana, y que la vida espiritual es vida histórica, que la Historia es la vida del espíritu humano colectivo. Y sabe que vivir históricamente es sobrevivir, es eternizarse, es crear valores para siempre.»* Todavía añadirá: «Lo vital para el ciudadano—y el ciudadano es el hombre, ya que éste es, según Aristóteles, *zoon políticón*, es decir, animal civil—; es lo histórico. *Lo vital, pues, que nuestro buen amigo nos recomienda por oposición a lo oficial es lo histórico.»*

(26) M. DE U., «Vida e Historia», en *De esto...*, O. C., IV, págs. 349-51. (Los subrayados son míos.)

¡Qué cerca estamos ya de la afirmación tajante de que *el hombre no es naturaleza, sino historia* (27), y de que la Historia «deja de ser la simple averiguación de lo que ha pasado y se convierte en otra cosa un poco más complicada—en la *investigación de cómo han sido las vidas humanas en cuanto tales*» (28). Nos queda sólo, para comprobar hasta qué punto fué clara la visión que Unamuno tiene del pensamiento de Ortega, recordar que lo único un tanto confuso, la identificación de *espíritu* y *vida* que lastra las palabras del rector, son herencia del idealismo hegeliano. Pese a todo, es interesante resaltar cómo don Miguel, ante un texto orteguiano, presiente el gran suceso de la antropología filosófica, desechando la interpretación del hombre como *naturaleza* y unciendo—con violencia, pero con genialidad—*historia* y *espíritu* al carro humano. Ortega, años después, quitaría este yugo mandando al pastar al *espíritu*—tal y como es entendido por el idealismo—. Ahora, aquí, no podemos detenernos en el concepto que Ortega tiene de él.

La genialidad de Unamuno es haber visto esto cuando faltan tres años para que, en las columnas de *El Sol*, se inicie la publicación de *España invertebrada*; seis para la lección sobre *El tema de nuestro tiempo*, quince para el curso *En torno a Galileo* y dieciocho para la publicación, en el homenaje a Casiner, de *Historia como sistema*. El haber sabido ver, tan prematura y penetrantemente, aunque falte algo de matiz y precisión, acreditan en Unamuno unas condiciones de zahori de las ideas, poco común incluso entre las mejores cabezas.

6. INTERMEDIO SOBRE TEATRO, CINE Y LA REPUBLICA

Termina el año de 1921 y don Miguel, desde Salamanca, torna a ocuparse de Ortega a propósito de ¡cine! Frente al silencio continuado del filósofo de la *razón vital*, se nos aparece Unamuno como un seguidor—espectador, más bien—que no pierde

(27) J. O. y G., *Historia como sistema*, O. C., VI, pág. 41.

(28) J. O. y G., *En torno a Galileo*, O. C., V, pág. 19.

de vista los pasos del catedrático madrileño que pisa ya el umbral de la madurez.

Dos profecías a medias

Por esta ocasión, don Miguel apea el tratamiento de maestro a Ortega. El artículo titulado *Teatro y cine* (29) es una réplica del *Elogio del Murciélago* que, años después, buscaría abrigo en el tomo IV de *El Espectador*. Unamuno protesta, y lo hace en nombre de la creación literaria, y con no poca ironía.

En este ensayo de Ortega, «ingenioso y sutil como todos los suyos»—apunta el vasco—, ustedes recordarán que se anuncia la esperanza «en el advenimiento de una nueva inspiración escénica, que renovará en nosotros el sentido de los espectáculos» (30). Unamuno ve en estas palabras la defensa de un teatro «cinematográfico» y escribe: «Ya antes de ahora Ortega y Gasset ha disertado, con sus habituales ingenio y sutileza, sobre el cine, o más bien, en elogio del cine.» Y añade: «Por nuestra parte, cúmplenos declarar que no nos atrae el cine. Acaso porque somos más de tipo auditivo que visual y porque cuando vamos al teatro vamos a él más a oír que a ver.»

Después, declarando así el motivo de su réplica al escrito orteguiano, dice don Miguel: «La tesis de Ortega y Gasset se reduce, en el fondo, a condenar la dramaturgia, el drama, a favor del teatro puro. Llega a decir que ya no se puede componer un gran drama. Y nosotros creemos, sin embargo, que va a ser la reacción contra el exceso del cine y de lo cinematográfico lo que va a resucitar el drama, el drama hablado, aquél en que lo esencial es lo que se dice, la palabra.»

En aquellos años se manifiesta el fenómeno deshumanizador que era, por tanto, la base que permitía a Ortega hacer el vaticinio. En el teatro triunfó la escenografía, circunstancia que llegó a constituir honda preocupación en Francia, pero la influencia del cine se ha hecho notoria en el teatro del mundo, y los problemas que ello plantea sólo han podido ser solucionados con escenografía. O'Neill, Saroyan, Tenhessen Williams, Arthur Miller, son escenografía en buena dosis, y por ello resultan prác-

(29) M. DE U., *De esto...*, IV, págs. 384-88.

(30) J. O. Y G., «Elogio del murciélago», *O. C.*, II (1.ª ed.), págs. 311-19.

ticamente irrepresentables en los pobres y reducidos escenarios españoles y, al tiempo, con sus tipos humanos, son dramas hablados, de una intensidad notable, lo que se hace más patente en el teatro existencialista francés o en el de Alfonso Sastre—el más cinematográfico y el más interesante de nuestros dramaturgos actuales—, menos dados a la gran escenografía, lo que, ni con mucho, quiere decir que no tenga una vital importancia para la representación.

Autor, actor, lector

Unamuno distingue entre drama para ser leído y drama para ser hablado, y, con buena dosis de ironía, hace entrar a Ortega en la escena: «una representación de «Hamlet»—dice—no es sólo audición—indispensable para los que oyen lo que leen—, sino que es una audición colectiva. Son cientos de personas los que oyen a la vez. Y ello tiene el mismo valor que una conferencia bien leída, o pronunciada por su autor con respecto a lo mismo que lee uno en su casa y silenciosamente. Y la diferencia la conoce muy bien el mismo Ortega y Gasset, que es un excelentísimo conferenciante, un maravilloso lector o recitador de sus ensayos. ¿Cree, acaso, que hasta para un hombre capaz de percibir las calidades superiores de un ensayo suyo, de Ortega, le es lo mismo leerlo a solas, en su casa y cuidadosamente, u oírsele a él, a su autor? Ni mucho menos».

Lo que ha hecho protestar a don Miguel, sobre todo, es otra cosa, como ya hemos dicho, que se manifiesta al final casi del artículo: «Y de lo que no se pueda escribir una buena novela o componer un gran drama... De esto no decimos todo lo que se nos ocurre, entre otros motivos porque hemos escrito novelas y hemos compuesto dramas, y no sabemos qué haya escrito de aquéllas y compuesto de éstos Ortega y Gasset.»

Como don Miguel estaba enfadado, era natural que, por esta ocasión, no llamara maestro al joven autor de las *Meditaciones*. Después vendría también en Unamuno un relativo silencio. No faltan, aunque tampoco sobran, las alusiones al meditador de El Escorial.

De la Dictadura a la República

En 1923 Ortega funda la *Revista de Occidente*, y don Miguel es un nombre que no figurará nunca entre sus colaboradores ni en su fondo editorial de antes de 1936. Sin embargo, su huella se hace sentir en esta obra editorial cuando la *Revista* edita el *Concepto de la angustia*, de Sören Kierkegaard, y el libro sobre el filósofo danés de Harold Hodffings. En la revista se habla a veces de Unamuno, pero ni una sola vez es Ortega quien alude a él.

La política les hace llevar a ambos caminos en cierto sentido paralelos. La Dictadura del general Primo de Rivera se enfrentó, desde el primer momento, con los intelectuales; no supo —ninguna dictadura lo ha sabido— conceder al hombre de ideas su justo valor y el margen de confianza preciso para no tenerlo enfrente.

Unamuno es desterrado porque una carta suya, que es todo un exabrupto producto de los peores momentos, vió la luz pública en la revista *Nosotros*, de Buenos Aires. Se enfrenta con el dictador, con Maeztu, con Gradmontagne y la dirección de *El Sol*, periódico que recibía muy de cerca la inspiración de Ortega.

El autor de *España invertebrada* no estuvo en un principio frente al dictador, sino más bien, implícitamente, a su lado. Dejó de estarlo el día en que el general Primo de Rivera quiso ejercer su censura, no sobre lo escrito por Ortega, sí sobre lo que podría escribir en el futuro. Más tarde, como protesta, fué uno de los muchos catedráticos que presentaron su dimisión.

Caída la Dictadura y en vigor la dictablanda de Berengüer, Ortega pronunció su famoso *¡Delenda est Monarchia!*, y creó, con Marañón y Pérez de Ayala, la *Agrupación de Intelectuales al Servicio de la República*, dedicándose a una activa campaña política. Unamuno regresa de su destierro y hace otro tanto, llegando a ser quien, desde el balcón del Ayuntamiento, proclame oficialmente la República en Salamanca.

Los nombres de Unamuno y de Ortega se barajan en las encuestas de los periódicos como posibles presidentes de la Repú-

blica, candidatura que nunca presentaron y sí sólo la de diputados, consiguiendo sin dificultad un escaño de soledad e incompreensión en las Cortes Constituyentes.

En las Cortes debieron encontrarse con no poca frecuencia, y allí fueron sus palabras las únicas que resonaron prematuramente para intentar evitar lo que nadie pudo contener. Sus intervenciones como diputados fueron escasas y, sin embargo, cuando aún no se había cerrado la jornada de estreno de la República española, fueron aguafiestas iluminados, indicando que no todo iba tan bien como muchos se tenían creído.

En esta época sobrevino el acercamiento último, que duró hasta la muerte de don Miguel. Y fué el rector quien dió, nuevamente, un paso hacia adelante.

7. CRISIS DE LA INTELIGENCIA

Después de su discurso sobre *Misión de la Universidad*, Ortega se había convertido en capitán natural de la juventud universitaria española. «No se me oculta—confesaba en 1933—que podría tener a casi toda la juventud española en veinticuatro horas, como un solo hombre, detrás de mí: bastaría que pronunciase una sola palabra. Pero esa palabra sería falsa, y no estoy dispuesto a invitaros a que falsifiquéis vuestras vidas» (31). Este retrainimiento que es algo que estudio en mi ensayo sobre *Los silencios de Ortega y Gasset* fué, y aún hoy es, mal interpretado por casi todos los españoles. Sin embargo, estas palabras transcritas son ciertas, y aún a la hora de su muerte lo han seguido siendo, por más que la juventud de hoy—naturalmente—no sea la de ayer, aquélla a la que él aludía.

El discurso de Granada

Un año antes de aquella confesión, fué invitado Ortega a pronunciar un discurso en la Universidad de Granada, con motivo de su cuarto centenario. Al recordarlo en 1940, desde su exilio en Buenos Aires, diría Ortega y Gasset: «En él [discurso]

(31) J. O. y G., *En torno a Galileo*, O. C., V (2.ª ed.) pág. 116.

anunciaba que la Universidad se había acabado por ahora en el mundo, precisamente cuando los que me escuchaban creían que había triunfado más. Sólo el viejo zorro que era Unamuno—decía de él mismo que todo vasco lleva un zorro dentro, pero que él llevaba dos—percibió el larvado vaticinio y dedicó a este trabajo mío unos artículos. Unamuno—sigue Ortega—, de quien había vivido veinte años distante, se aproximó a mí en los postreros días de su vida, y hasta poco antes de la guerra civil y de su muerte, recalaba la prima noche en la tertulia de la *Revista de Occidente* con su cuerpo prócer ya combado, como el arco próximo a disparar la última flecha. Algún día—concluía esta evocación—contaré la causa de esta aproximación que nos honra a ambos» (32).

Ortega ha muerto sin contarnos esto que nos había prometido. Es posible que, entre sus papeles, se encuentren las notas del anunciado epílogo a las *Obras Completas* de Miguel de Unamuno. Nosotros nos vamos a permitir la licencia de ejercer de adivinos en esta ocasión, tomando como punto de partida éste que señala Ortega: su discurso en la Universidad de Granada.

El discurso orteguiano se publicó en *El Heraldo de Aragón*, de Zaragoza; posiblemente sólo la introducción, que es la única parte comentada por Unamuno y puede leerse en el volumen *Ideas y creencias*. Apareció el 23 de noviembre de 1933, casi un año después de haber sido pronunciado, y don Miguel lo comentó con un artículo titulado *Eso no es revolución*, aparecido en el mismo periódico aragonés.

El futuro como amenaza

Unamuno habla aquí de Ortega en forma entrañable y emocionada. «Nuestro José Ortega y Gasset—sin más—», dice, y casi seguido le vuelve a llamar como en 1917: «¿Qué será mañana?—escribe—, me pregunto con nuestro Ortega, con nuestro maestro. ¿Qué será mañana de la inteligencia española? De la inteligencia universal española, se entiende. O, si se quiere, de la inteligencia universitaria, dando a lo de Universidad su más

(32) J. O. y G., Prólogo a *Ideas y creencias*, O. C., V, págs. 379-80.

alto y espiritual sentido, no el de una institución oficial del Estado. ¿No se habla por ahí de Universidad popular? Como si no lo fueran todas las que lo son de veras. ¿Y de dónde sino de las Universidades salieron los más de los mejores que guiaron al pueblo a su emancipación mental?» Repite estas palabras de Ortega, porque él se ha hecho preguntas semejantes: «Es lo que me pregunto a diario—dice—: ¿Qué será mañana de la inteligencia? No de la intelectualidad, sino de la inteligencia. ¿Qué será de la civilización humana?»

Hace ya tiempo, en un artículo que se publicó en la revista *Insula* (33) recordaba yo el estado de ánimo de don Miguel en los años que van de 1931 a su muerte, y recogía aquellas sus increpaciones a Indalecio Prieto cuando Unamuno—doloridamente—confesaba estar dispuesto a su destierro voluntario, a los setenta años y cuando su mujer había muerto.

También Unamuno sabía que una palabra suya hubiera agrupado a la juventud tras él. Ortega prefirió el silencio, la inhibición, como gesto y palabra de censura; don Miguel, de otra generación, es como el león herido que sigue rugiendo en el desierto y que se revuelve a zarpazos cuando se le acercan con ánimo de poner cataplasmas a las heridas abiertas por su *mal* de España.

La supuesta traición del intelectual

Es el tiempo en que, en la revista *Claridad*, las izquierdas españolas inician una *revisión de valores* y acusan de traición a Unamuno y a Ortega. Ramiro de Maeztu no fué generoso en este momento, cuando comentó los ataques izquierdistas contra estos dos egregios españoles que se hallaban ya tan cerca de él y, sin embargo, tan distantes.

«¿De dónde han sacado algunos de esos autorrevolucionarios—clamaba Unamuno en el mismo artículo—que les hemos defraudado algunos de los motejados de intelectuales? ¿Cuándo aceptamos la definición que de la revolución daban, o mejor, traducían ellos? En algún caso, como en el del que esto escribe—añade—, ni siquiera debió su elección a estos autorrevolucio-

(33) «Casi al final, al margen de una carta inédita de Unamuno», en *Insula*, número 88.

narios de dictadura, que el pueblo, el pueblo que le eligió representante, no lo hizo en obediencia a una disciplina espúrea. ¿Defraudarles? ¿Es que un hombre consciente de su inteligencia va a rendirse a eso que llaman disciplina de partido? ¿Es que un hombre consciente de su inteligencia va a resolverse a votar contra su conciencia como tantos partidarios lo hacen, y confesando luego que lo hacen?» (34).

Hace años que Ortega ha pedido una *reforma de la inteligencia* y hace años también que ha denunciado el progresivo entontecimiento de la política por la incontenible marea, que todo lo inunda, de la masificación y el odio a la inteligencia que con ella crece.

Don Miguel lleva muchos años de amargura, de dolor de España; tiene sobre sí el convencimiento de que los «rojores de sangre» se avecinan sobre la nación y siente la soledad en el declinar de su existencia, huyendo a Madrid frecuentemente, por escapar a la visión de su estatua en esta Facultad de Letras salmantina que le habla como si ya realmente estuviese muerto.

La alianza

En estas escapadas a Madrid, Unamuno, desde el castillo de su solitaria individualidad, reconoce la alianza del otro gran señor de nuestra cultura y sale a su encuentro, generosamente, porque sabe que les une algo que está por encima de sus ideas, de sus personas: España. Por ello, con armas distintas, van a intentar lo que ningún otro español se atrevería a hacer: unir dos tácticas tan dispares para oponer un dique al acontecimiento, al envilecimiento de la inteligencia.

No es para olvidarlo el hecho de que José Antonio Primo de Rivera rindiera homenaje a Ortega y Gasset y visitase a Unamuno en Salamanca; que Ramiro Ledesma Ramos—que compartía el estudio de Heidegger con la acción política—colaborase en la *Revista de Occidente* con cierta asiduidad y viera en la obra de Unamuno—en un artículo publicado en el número dos de *La conquista del Estado*—un punto de partida para el ideario de las J. O. N. S. Sin embargo, hubo una barrera que no pudo ser

(34) M. DE U., *De esto...*, IV, pág. 436.

pasada nunca: el tiempo. Unamuno dió la respuesta en Salamanca a José Antonio Primo de Rivera por los dos: «yo moriré siendo un liberal» (35).

No nos escandalicemos ni queramos falsear los hechos, por muy grande que sea nuestra admiración por estos dos hombres. Si ellos hubiesen traspasado la barrera, los hombres que hoy nos sentimos tan ajenos al liberalismo, no les llamaríamos maestros. Bastante hicieron con ser genuinos y auténticos liberales, tan auténticos, que denunciaron la horrible insuficiencia del liberalismo, su incapacidad, su muerte. Nos une a ellos lo que en los últimos años les unió a los dos; nos une—precisamente por ser ellos liberales y nosotros, no—el común amor y dolor de España.

8. LAS DOS MUERTES

El 31 de diciembre de 1936, en plena guerra civil española, murió en esta Salamanca nuestro don Miguel de Unamuno, cansado, vencido, deseando la muerte:

Vivir el día de hoy bajo la enseña
del ayer deshaciéndose en mañana;
vivir encadenado a la desgana
¿es acaso vivir? ¿Y esto qué enseña?
¿Soñar la muerte no es el sueño?
¿Vivir el sueño no es matar la vida?

como canta en la postrer poesía de su *Cancionero*, escrita tres días antes de su muerte. Unamuno, el hambriento de inmortalidad, que llegaba a tener de ésta un sentido helénico, casi carnal, desea la muerte. ¡Qué tremendo drama el que estuvo debatiéndose en el alma de aquel hombre para llegar a una renuncia tan total de lo que ha sido la única cuestión, la razón de su vida!

España, en silencio

Ortega conoce la noticia el primer día del año 1937, cuando se lo comunican desde las oficinas en París del diario bonaeren-

(35) Sobre este aspecto, en relación con Unamuno, véanse los libros de FRANCISCO BRAVO, *José Antonio, el jefe, el camarada* e *Historia de F. E. de las J. O. N. S.* Por lo que hace a Ortega, mi artículo «El mito del nuevo liberalismo», en *La Gaceta Regional*, Salamanca, 20 de noviembre de 1955.

se *La Prensa*. «Unamuno ha muerto—escribe estremecido—. Ignoro todavía cuáles sean los datos médicos de su acabamiento; pero, sean los que fueren, estoy seguro de que ha muerto de *mal* de España. El lector tiene perfecto derecho a creer que esto no es más que una frase—añade desmayadamente—. No voy a discutir con él» (36).

Este artículo de Ortega es la página más desgarrada que sobre el ilustre vasco se escribió con motivo de su muerte. «Ha inscrito [Unamuno] su muerte individual en la muerte innumerable que es hoy la vida española. Ha hecho bien. Su trayectoria estaba cumplida. Se ha puesto al frente de doscientos mil españoles y ha emigrado con ellos más allá de todo horizonte. Han muerto en estos meses tantos compatriotas, que los supervivientes sentimos como una extraña vergüenza de no habernos muerto también. A algunos nos consuela—insistirá amargamente—lo cerca que hemos estado de ejecutar esa sencilla operación de sucumbir.»

Ha guardado tantos años de silencio ante la obra de Unamuno, que se ve precisado a esbozar en pocos trazos—preñados de sentido—lo que el vió de la alta y arisca fortaleza de don Miguel, señor de la cultura española, capitán de la Generación del 98, desde aquel castillo suyo que se construyó un día rompiendo el influjo mágico del fuerte vasco.

«Ya está Unamuno con la muerte, su perenne amiga-enemiga. Toda su vida, toda su filosofía—comenta el filósofo madrileño—han sido, como las de Spinoza, una *meditatio mortis*. Hoy triunfa en todas partes esta inspiración, pero es obligado decir que Unamuno fué el precursor de ella.» «No he conocido—dirá más adelante—un yo más compacto y sólido que el de Unamuno. Cuando entraba en un sitio, instalaba desde luego en el centro su yo, como un señor feudal hincaba en el medio del campo su pendón. Tomaba la palabra definitivamente. No cabía diálogo con él. Repito—sigue—que toda su generación conservaba el ingrediente de juglar que adquirió el intelectual en los comienzos del romanticismo, que existía ya en Chateaubriand y Lamartine.»

(36) J. O. y G., «En la muerte de Unamuno», O. C., V, pág. 264.

Ortega recuerda el carácter superlativo, en defectos y virtudes, de Unamuno. «Era, como hombre—dice—, de un coraje sin límites. No había pelea nacional, lugar y escena de peligro, al medio del cual no llevase el ornitorrinco de su yo, obligando a unos y a otros a oírle, y disparando golpes líricos contra los unos y contra los otros» (37). Y termina su artículo con estas aterradoras palabras: «La voz de Unamuno sonaba sin parar en los ámbitos de España desde hace un cuarto de siglo. Al cesar para siempre, temo que padezca nuestro país una era de atroz silencio» (38).

La generación de 1857

Don José Ortega y Gasset se había impuesto ya, en aquellas fechas, el gran silencio, el que es presagio del grito del intelectual parturiente de grandes obras. Esta circunstancia nos ha vedado de ver el epílogo a las *Obras Completas* de Unamuno. Una inquietud nos sobrecoge ante el temor de haber perdido para siempre su palabra sobre este tremendo acontecimiento de la inteligencia española que representa la figura del autor de la *Vida de Don Quijote y Sancho*. Sólo un ligerísimo esbozo, de estas sus últimas ideas sobre Unamuno, queda apuntado en el prólogo que, en 1940, puso a una edición de *Cartas finlandesas y Hombres del Norte*, de Angel Ganivet (39).

El tema de las «generaciones» es uno de los aspectos axiales del pensamiento historiológico del filósofo de la razón vital, iniciado en *El tema de nuestro tiempo*, desarrollado en el curso *En torno a Galileo* y puesto en práctica metódicamente en este prólogo al que aludo y en *Papeles sobre Velázquez y Goya*. No puedo ahora detenerme en exponer la doctrina de Ortega sobre este interesante tema, que he examinado en otro lugar (40), li-

(37) Compárense estas palabras con aquellas otras del más joven Ortega: «En los balles de los pueblos castizos no suele faltar un mozo que cerca de la media noche se siente impulsado sin remedio a dar un trancazo sobre el candil que ilumina la danza; entonces comienzan los golpes a ciegas y una bárbara barandá. El señor Unamuno acostumbra a representar este papel en nuestra república intelectual.» (*Unamuno y Europa, una fábula*, O. C., I, pág. 129.)

(38) En este artículo apunta Ortega que el castellano de Unamuno es lengua aprendida, no vernácula. Esta afirmación, que es inexacta, ha tenido singular éxito y aceptación indiscutida. El tratar sobre ello nos obligaría a añadirle un extenso apéndice a este trabajo, por lo que desistimos de ello.

(39) J. O. y G., Prólogo a... O. C., VI, pág. 368-73.

(40) *Encuentro de dos generaciones*, conferencia pronunciada en el Colegio Mayor Universitario Fray Luis de León, Salamanca, 1955, págs. 5-7.

mitándome a reproducir las siguientes palabras suyas del prólogo al libro de Ganivet, que iluminan un tanto sus ideas sobre Unamuno:

«Ganivet nació en 1862. Unamuno, en 1864. Mauricio Barrés, en 1862. Jorge Bernard Shaw, en 1856. Estas cuatro figuras pertenecen a una misma generación.» Y afirma después: «No es fácil imaginar personas más distintas...; sin embargo, pueden decirse de ellos no pocos predicados, a la vez comunes y sustanciales.» Estos predicados son, en primer lugar, su *originalidad*, «lo más externo de su figura moral, el traje que usaron, y, como tal, perteneciente a la guardarropía de la época».

Apunta Ortega que esta originalidad se les presenta como necesaria a Unamuno y los otros por la consistencia de su época, en la que se dió una estimación ilimitada del literato, época en la que—escribe—«culmina el *progresismo* que anula toda duda grave sobre la ciencia y la vida; el democratismo parlamentario y el capitalismo», rasgos «típicos de una etapa final en la historia ascendente de una profesión», completando su idea con la afirmación de que la generación de 1857, en la que coloca a Unamuno con Ganivet, Shaw y Barrés, «fué, en efecto, la que gozó de un clima social más plenamente favorable al escritor. A mi juicio—insiste—, demasiado favorable. Y por eso fué la última que lo gozó.»

Otra nota señalada por Ortega en esta generación es «que fueron sus hombres los primeros literatos que, sin dejar de serlo, penetraron en el mundo de las ideas. Son, a la vez, literatos y *pensadores*». Estos hombres—parafraseo a Ortega—manejaban las ideas como puro material y, de entre ellos, Unamuno y Shaw representan la fórmula extrema del juego con las ideas, que les hace comportarse «como niños geniales».

Refiriéndose ya sólo a los dos españoles, dice: «Ganivet, y sobre todo Unamuno, habían estudiado mucho: ambos eran filólogos, especialmente helenistas, y ambos hicieron una primera incursión muy respetable en la filosofía.» Los dos representan una «ampliación gigante» del mundo ibérico, «son los primeros cuyo trato con la producción francesa es de igual a igual. La conocen más a fondo que las generaciones anteriores, pero no son invadidos ni colonizados por ella. Esta liberación

—continúa Ortega—de la servidumbre del magisterio de Francia se debió a que ambos fueron los primeros en penetrar más allá y tomar contacto directo con la obra de las naciones del norte y centro de Europa». Afirma después que «cuanto más tiempo pasa, más levantada aparece la hazaña que estos dos hombres y otros de su generación peninsular cumplieron, haciendo universal el horizonte de la cultura española». Y todavía anotará que «es curioso advertir que esta fabulosa dilatación de horizonte produce en Gánivet como en Unamuno un precipitado de fiero españolismo».

Ante este escrito de Ortega, observando su silencio sobre la llamada generación del 98, es forzoso hacerse la pregunta de si la consideraría representada en esa alusión a una «generación peninsular». Posiblemente, no, porque en el esquema generacional que se desprende de la doctrina de Ortega y desarrollado por Julián Marías en *El método histórico de las generaciones*, tras la generación de 1857 figuran las de 1872, 1887 y 1902 como más próximas.

Otro problema suscitado en este momento, aceptando la existencia de la generación del 98, es el de si Unamuno, al igual que Gánivet, será un precursor de dicho grupo. Recuérdese que Ángel Gánivet murió el mismo año que da nombre a la generación y ello ya le convierte en adelantado de la misma, pero no se olvide que *En torno al casticismo* es anterior al *Idearium español*, y que ambos, el granadino y el vasco, escribieron un libro en colaboración, *El porvenir de España*, el mismo año de 1898. Quede el tema en suspenso, con la esperanza de desarrollarlo en otra ocasión y lugar, pues algo tengo meditado sobre ello (41).

Por último, esta ubicación de Unamuno y Gánivet en una generación europea representa un intento por superar el concepto nacionalista del que tanto han abusado todos los teóricos del tema, y yo mismo entono el *mea culpa* en este sentido.

Que la figura de Unamuno no dejó de interesar a Ortega y Gasset en estos últimos años, lo demuestra el que aceptase el compromiso de escribir un epílogo para la edición de las *Obras*

(41) *Gánivet y Unamuno 1891-1898* (en publicación).

Completas del autor de *San Manuel Bueno*, y otra circunstancia anterior en el tiempo. Manuel García Blanco, que con tanto amor y acierto formó con escritos dispersos de Unamuno ese magnífico libro que es *Paisajes del alma*, me refería hace poco el entusiasmo con que Ortega, durante una entrevista que celebró con él en Lisboa en 1942, acogió la idea de incluirlo en el fondo editorial de la *Revista de Occidente*, bajo cuya rúbrica fué publicado dos años más tarde, llevando en su portada ese buho que es escudo editorial y tanto se parece al propio don Miguel.

Pero don José Ortega y Gasset ha muerto, dejando inédita su postura intelectual ante Unamuno. Hasta que sepamos si quedó algo esbozado, no nos queda otro recurso que el empleado en esta conferencia, recurso casi de arqueólogo que por unos fragmentos reconstruye dos figuras.

Ahora que Ortega ha muerto...

Ortega ha muerto a los setenta y dos años, a la misma edad que don Miguel. Su voz pasará, como la de Unamuno, a resonar en el recuerdo. Las dos inteligencias más poderosas de nuestro siglo español nos han dejado en la soledad de no poder contar con ellos en otra forma que no sea *sub specte historiae*.

A uno y otro les unió en una etapa crucial de nuestra historia el «mal de España» y la conciencia de que la gran era del odio al intelectual había comenzado. El horizonte en nuestros días ha cambiado no poco, pero no en el sentido de que el cielo esté despejado, sino que los nubarrones, preñados de electricidad, son más grandes y oscurecen nuestras anheladas lejanías. Unamuno y Ortega—pese a todo—han sido los últimos intelectuales libres. Nosotros sabemos que esto, en nuestro tiempo, ya no es posible. Queda sólo, en cualquier parte del planeta, la única especie del intelectual comprometido, aspirante a la cicuta de nuestro tiempo. Es el único destino que es posible aceptar sin falsificación. No bastan ya ni el silencio ni el manoteo; el intelectual tiene que ser como esa piedra que se arroja al río y no detiene la corriente, pero sí va haciendo fondo para formar un dique.

Unamuno y Ortega fueron liberales, de los últimos liberales, de un tiempo que no es el nuestro, y que, sin embargo, incubó nuestro hoy de compromiso. Cuando la tierra parece firme, pero en sus entrañas se prepara el gran temblor, son estos hombres los que nos sirven para convencernos de la insuficiencia de su tiempo, que pugna, sin embargo, por aflorar para ofrecernos la tiranía del caos. Llegará entonces nuestro momento de ir al fondo del gran río para ahogarnos y, con nuestro cadáver, hacer fondo para ese dique que la inteligencia tiene que oponer a la gran marea de nuestro tiempo. En lo que llega esa hora, podemos replegarnos en nosotros y sentir la soledad en que hoy la muerte de don José Ortega y Gasset nos ha dejado, como ayer la de don Miguel de Unamuno.

No hemos estado en España sobrados de generosidad a la hora de rendir tributo al autor de *La rebelión de las masas*, a la hora terrible de decir que se nos ha muerto. Esta conferencia no ha tenido otra intención que recordar a los desmemoriados que aquí, en Salamanca, resonó hace años la primera voz que le llamó «maestro» a sabiendas de lo que ello significaba. El soberbio Unamuno, dió lección de modestia a muchos que declaran ser sus profesionales.

Yo no soy un filósofo, ni medio filósofo siquiera, como alguien ha dicho no sin sorna, cuando fué mi voz la única que en Salamanca dijo en alto quién se nos había muerto. Yo no soy un filósofo, soy un pobre francotirador de las letras que, en esta hora de los enanos contentos por la muerte del gigante, no pretendo pasar por un hombre gigantesco, pero ante el silencio de quienes debían hablar, o mejor, no decir majaderías, no quiero ver rebajada mi estatura moral e intelectual, ni en un dedo tan siquiera.

Y el haber podido realizar esto es motivo de que, otra vez, dé gracias a quienes, con su generosidad, han permitido al exclaustrado que os dirija la palabra.

EMILIO SALCEDO.

Salamanca.